

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

En la vida de cada uno hay momentos claves en que una decisión puede tener repercusiones para toda una vida. La vida cristiana también tiene esos momentos oportunos. Y es que la vida cristiana no es cosa de críos. Porque vivir de verdad el Evangelio requiere una gran altura, tanta que no nos es posible sin la fuerza especial que nos da el Espíritu de Jesús. El sábado llegará uno de esos momentos claves. La confirmación tiene que ser uno de esos momentos en que el Espíritu venga en ayuda de nuestra debilidad. El sábado tendrá lugar la confirmación de los jóvenes de nuestra parroquia, la mayoría de nuestros compañeros de 3º de BUP. Permittedme, pues, que esta reflexión la haga pensando especialmente en ellos.

Confirmarse es dejarse guiar y conducir por el Espíritu. Sólo eso. Ir remando en una barca, avanzando poco a poco y con mucho esfuerzo, pero desplegando las velas para que el viento del Espíritu mueva la nave de nuestra vida y nos haga avanzar más rápido hacia el amor. Dejar que nos llene de su amor. Dejar que actúen en nosotros esos dones del Espíritu Santo, de los que todos hemos oído hablar, pero que no tenemos muy claro lo que quieren decir: El don de la **Sabiduría**, que es darse el gustazo de vivir en cristiano; el de **Entendimiento**, algo así como captar la presencia del amigo en todas partes; el de **Consejo**, como una intuición para saber siempre lo que Dios quiere; el don de **Ciencia**, saber elegir y ver en todo la presencia y el amor de Dios; el de **Fortaleza**, afrontar con Él las dificultades, como un niño con su padre; el de **Piedad**, sentir que Dios es nuestro ¡PADRE!, así con mayúsculas y admiraciones; el don de **Temor de Dios**, respeto, veneración, no miedo, hacia el Padre.

Y ahora, amigo de 3º, permíteme una pregunta: ¿Y a partir del sábado, qué? Porque debes saber lo que quieres: la confirmación puede ser para ti un punto final (se acabó esa lata de catequesis..., Yo ya he cumplido... Los curas no me vuelven a pescar hasta mi boda...); un punto y seguido (la misma monotonía de siempre, la misma mediocridad, la ausencia de compromiso...); o un punto y aparte: un nuevo estilo, una vida nueva, la mirada fija en Jesús y las manos tendida a los demás.

A ti que estás convencido del paso que vas a dar: ¡enhorabuena! El sábado serás rico, inmensamente rico. Quizás no seas consciente de la fortuna que habrá dentro de ti. Acostumbrado a despilfarrar, por nada te sorprendes y todo te parece normal. El sábado te irás de la iglesia, ¡cargado de oro!. Y esto no son palabras grandilocuentes, ni dichas para halagar tu vanidad.

Un antiguo maestro cristiano romano, despidió a un discípulo suyo con estas palabras: **«Te vas cargado de oro; cuidado con los ladrones»**.

¡Cuidado con los ladrones! que estarán al acecho cuando te olvides de compartir, cuando bajes la guardia, cuando creas que el deber está cumplido. Querrán robarte, apoderarse de tu gran riqueza. Querrán despojarte para que seas débil y te sometas a sus leyes. Querrán que les adores para sacarte las entrañas. La sociedad manipulada y manipuladora no quiere personas fuertes; no quiere cristianos que confirmen su fe.

¿Cómo te defenderás de sus ataques? ¿Cómo te harás más fuerte, para fortificar a otros? *«Hay casas construidas sobre arena y casas construidas sobre roca. Los temporales se llevan las primeras, pero no pueden con las segundas»*. La Palabra de Dios es la roca. La Palabra de Dios se oye no en el jolgorio de una fiesta, ni en el sopor de la litrona, ni en la música de la discoteca, o a través de un móvil. La Palabra de Dios se escucha en el silencio interior y en el grito insolente del que sufre, o es pobre, o es débil. La Palabra de Dios se come en comunión. La sociedad consumista blasfema contra las rocas. Y tú, ¿le vas a dejar que convierta tus cimientos en arena? Te vas cargado de oro, ¡cuidado con los ladrones!

Si dejas que el Espíritu sople en ti, si eres capaz de incendiarte con Él, si permites que te empape con su gracia, todos nos felicitaremos, porque habrá motivos para que el mundo se renueve. Y, si alguna vez, habiendo decidido navegar mar adentro, has plegado velas y has remado con desilusión hacia la orilla; y, si alguna vez, se levanta ante ti la gran tempestad de la indiferencia; y, si alguna vez, te has vuelto atrás porque temes perder de vista la tierra de tus seguridades en la que vives... Ten ánimo: déjate guiar y conducir por el Espíritu y hará de tu viaje algo verdaderamente maravilloso. Te lo aseguro. ¡Cuida tu oro!, ¡cuidado con los ladrones! **Muchas felicidades, amigos.**

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Puntual, como la primavera, llega la Semana Santa. Ese tiempo litúrgico en el que celebramos los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Pero este año es una Semana Santa especial: una Semana Santa jubilar. El contenido jubilar se ha mantenido fiel a lo largo de la historia: la conversión, el perdón de los pecados, la indulgencia otorgada, la gratitud por la salvación, la misericordia suplicada y practicada, y el amor a los demás como expresión del amor de Dios.

Cristo es el Jubileo del Padre. En las palabras y acciones de Jesús descubrimos la paternal mirada de Dios que, a través de los ojos de Jesús, nos mira con infinita ternura para que también nosotros aprendamos a ser bondadosos con nuestros semejantes.

Estamos a diez días del Viernes Santo, cuando la cruz de Cristo será puesta en alto para que la contemplemos y adoremos. Vamos a tropezarnos por las calles con esos rostros del Jesús Nazareno y de la Virgen Dolorosa que atraerán poderosamente nuestra atención, y nuestros ojos se cruzarán con los afligidos ojos de las imágenes en una mirada de mutuo entendimiento. Necesitamos mirar esos ojos, necesitamos mirar la cruz; no como lo hicieron algunos con desprecio, rabia o indiferencia; ninguno de ellos fue salvado. Hay que mirar la cruz con la fe del buen ladrón, que consiguió el paraíso; con el amor de María, de Juan, de José, de Nicodemo, de Magdalena y de las otras mujeres: todos estos sí fueron redimidos.

Pero, escucha bien. Te recuerdo que Jesús crucificado no es solamente una imagen. No te contentes con mirar los crucifijos del culto. Sabes muy bien que hay signos más vivos y actuales en los que Jesús sigue crucificado. Busca con los ojos de la fe y el amor y encontrarás los crucifijos dolientes en cualquier calvario de la tierra; cristos crucificados en los palos altos de cualquier tortura, en lo alto de cualquier injusticia.

Por eso hoy te invito a rezar con el salmista: *«Que se me pegue la lengua al paladar, si me olvido de mis hermanos. Los que viven en el calvario de la miseria, agostados y despojados, prematuramente viejos, sin esperanza. ¿Quién podrá olvidar la mirada de esos niños, tan triste; niños que no aprendieron nunca a sonreír, porque no del dimos motivo para ellos? Que se me oscurezca la niña de mis ojos, si olvido vuestra mirada suplicante.*

Mis hermanos que viven en el calvario de la guerra, masticando el ruido y el horror de cada día, vejados, violentados, mutilados. ¿Quién podrá olvidar sus heridas, la muerte de aquel padre, de aquella novia? Que caiga en amnesia profunda, si olvido vuestra desgracia y sufrimiento.

Hermanos que viven en el calvario de la marginación, extranjeros despreciados y utilizados; ancianos reclusos, no queridos; enfermos crónicos y deficientes, ante quienes se desvía la mirada. Que se me paralicen mis piernas, si no acudo a visitaros»...

En estos días, quisiera que mires las imágenes de Jesús crucificado. Pero que en ellas contemples cara a cara los rostros de los que sufren, para que no se te borre nunca su dolor.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

«Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, expiró. La cortina del templo se rasgó de arriba abajo en dos partes; la tierra tembló y se hundieron las rocas». Aquella tarde, la tierra tembló. Y en estos días, también el suelo de nuestra ciudad tiembla. Los tambores, timbales y bombos podrían haber nacido del trueno o la tormenta. Podrían haber sido inventados para describir el Apocalipsis o para comprender la inmensidad del infinito... Pero si los escucháis bien, provocarán en vosotros multitud de sensaciones encontradas: dolor, soledad, violencia, muerte, ...amanecer, ternura, alegría, y a veces, hasta paz..

No os estoy hablando de tambores. Son sólo uno más de los muchos signos utilizados en nuestras celebraciones. Hablo de escuchar su sonido, no de oír su ruido. Suenan el Domingo como heraldos que anuncian la entrada del Rey en la ciudad. Suenan el Jueves como el triángulo que anuncia que la mesa está puesta, que es momento de compartir el Amor como alimento. Suenan el Viernes como restallar de látigo, como tronar de insultos, como martillos de tormento, como temblor de muerte. Suenan el sábado como llanto esperanzado, como latidos de un corazón de Madre atravesado de dolor. Y suenan el domingo como fuegos artificiales, como banda de música, como risas infantiles que descubren el más glorioso de los regalos.

No hablo de oír, hablo de escuchar. No hablo de pensar en la Pasión y Resurrección, hablo de vivirlas, de sentirlas, de apartar el cerebro y dar paso al corazón. Es curioso. Para la cosa más importante, para aquelelo que es el fundamento de nuestra fe, escoge Dios a las personas más valientes, a las que más sintieron, a las personas que lo siguieron en su camino al Gólgota, a las que estuvieron al pie de la cruz. Y no me refiero a los discípulos, escondidos por miedo a los judíos. Hablo de las mujeres.

Pobrecillas mujeres, ilusas e ilusionadas, que se atrevieron a ir de madrugada con sus aromas a embalsamar a Jesús. Pero ¿no se daban cuenta del peligro? Pero ¿no eran conscientes de su incapacidad? ¿Qué iban a hacer ellas con la piedra y con los guardias? ¿Poca cabeza? Tal vez, pero ¡qué gran corazón! Cuánto amaban al Maestro. Y es que el corazón tiene sus razones. Si ellas se hubieran puesto a pensar, no hubieran salido de casa. Pero no racionalizan, sienten, quieren, esperan.

Cuando llegaron allí, temerosas y azoradas, y vieron la piedra movida, se pusieron nerviosas. «Entraron en el sepulcro... y se asustaron» (Es probable que algún hombre se hubiera atrevido a entrar) Alguien les dice: «No os asustéis», pero se asustaron más. «Y salieron corriendo, temblando de espanto». Tenían un mensaje para los discípulos, para los hombres, pero «no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían».

Y es que todavía les faltaba la verdadera experiencia de la Pascua. Cuando estaban en el culmen de la crisis, agitadas entre el miedo y la esperanza, el mismo Jesús resucitado «les salió al encuentro». Y se acabaron los miedos. Y reciben de Jesús la misión de anunciar esta victoria. Ellas, convertidas en los primeros testigos de la Resurrección. A los discípulos, «todas estas palabras les parecían desatinos y no les creían».

Bien pensadas las cosas, resulta que ellas, las mujeres, fueron como siempre las más atrevidas. Ellas, las que más deseaban. Ellas, las que más buscaban. Ellas, en el fondo, las que más amaban al Señor. Pues, justa recompensa a su trabajo: porque todo el que busca encuentra; y todo el que desea, posee; y todo el que ama, resucita.

Que nuestra experiencia de la Pasión y la Pascua, sea como la de las mujeres, desde el corazón.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.